

---

---

#### IV

Profesión de Monjas.—Patiño.—Gorostiza y la Opera.—Operistas.—La Pautret.—Bailes.—Recuerdo antiguos.—Tonadillas.—Canciones y Tiranas.—Cantantes y actrices célebres.—Chata Munguía.—Teatro de los Gallos.—Montegrinos y Capuletos.—La Castelani.—Carnaval.—Máscaras obscenas.—D. Quijote y Sancho Panza.—Rodríguez y Calderón.—Guerra del francés.—Muestras extranjeras.—Guardia Nacional.—Villamil.—Gaona.—Rincón.—Labastida.—Godínez.—Titeres del Puente Quebrado.—Vivienda de la clase media.—Comedias.—Trajes.—Madame Adela.—Modistas.—Vestidos de hombre y mujer.—Géneros.—La China.—Jacales.—Miseria.—Lo lépero.—El lépero.—Ojeada política.—Corro D. Justo.—Muerte y funerales de Barragán.—Escuela de medicina.—Dr. Liceaga.—Escobedo.—Jecker.—Becerril.—Guapillo.—D. Miguel Muñoz.

Concluído el riguroso período del noviciado, y después de prácticas y ritualidades íntimas que no conocí lo bastante para puntualizarlas; vistos cohetero, repostero, etc., todo con la asesoría del padre confesor y bajo la dirección de las madres graves, se anunciaba y disponían los tres días de la Libertad.

Engalanábase á la novicia con traje mundano que

reverberaba de lujo y donaire, compitiendo en joyas y composturas padrinos y madrinas. Se procuraban carruajes elegantísimos con mulas de gran precio, y cocheros y lacayos vestidos con lujo peculiar.

El gran tren, la monja paseante, los padrinos, que eran regularmente personajes de categoría, y los curiosos que corrían en pos de los coches, hacían de estos monjíos acontecimientos de sensación.

En las casas visitadas recibían á la monja futura con flores y agasajos, y al retirarse, en el peto ó corpiño del vestido se le colocaba simétricamente una florecilla de listón con escuditos de oro, de suerte que cuando eran muchas las visitas, hacía visos y resplandores el pecho, que no había más que pedir.

Paseos, teatros, conciertos, comidas, todo se brindaba á la monjita, y en todas partes se celebraba la partida del mundo pecador por el camino real de la bienaventuranza, que era el convento, sin pito más ni pito menos.

Llegaba por fin el día de la profesión; el templo resplandecía como con un incendio producido por cirios, bujías, lámparas, blandones y candelabros, brillantes candiles de cristal que reproducían el iris, alegres jaulas con pájaros canfores, flores y arbustos deliciosos.

Las bancas de la iglesia, sólo para señores muy decentes, se forraban de terciopelo carmesí con galones de oro y el escudo del convento ó cofradía propietaria del adorno.

El pavimento de la iglesia tenía alfombra en más de

una mitad, y allí se colocaban las señoras de saya y mantilla, guantes y abanicos, sentadas en el suelo, y en la viga desnuda y plebeya, mujeres del pueblo con su descoco característico y su prole indómita y llorona.

Pero al tocar el fondo de la Iglesia, tras de las espesas rejas de fierro del *coro bajo*, se oscurecía visiblemente en la tiniebla y á la luz de cuatro ó seis cirios de llama cárdena y amarillenta de chisporroteo lúgubre, se levantaba negro é imponente el sarcófago con el ataúd, representación tremenda de la muerte. Al redor del túmulo, como evocaciones de la tumba, como sombras, se percibían bultos negros en formación severa, y la mente suponía cadáveres á los que se concedía momentos de vida para enseñar á aquella alma destinada al aprendizaje del aniquilamiento y el suicidio.

Cuando el ritual lo requería, se iba verificando, en medio de horripilantes ceremonias y de oraciones capaz de hacer estremecer el bronce, el despojo de las galas mundanas, siendo para las damas, la más imponente, la cortada del cabello, pues al caer las trenzas profusas al suelo corrían lágrimas, y la víctima pálida y transfigurada tenía algo de terrible y decadavérico que ponía espanto en el alma. Después se le colocaba en un ataúd y se cantaba el responso en medio de un silencio que helaba de espanto.

Repito que prescindo de todo comentario.

De escenas por el estilo de las descritas, lleno de contrición y conciliando á la manera de los beatos, lo

temporal y lo eterno, me escurría á un ensayo de teatro donde los chistes de la Duoreville, el desenfado de la Platero, el garbo de Chucha Moctezuma, la modestia pudibunda de Soledad Cordero, la tirantez de Salgado y la caballerosidad y finura de Vallete, me reconciliaban con el mundo.

Pero entonces, como he dicho en otra parte, ocupaba la atención pública, y llevaba hasta el frenesí á los *dilletanti*, la planteación formal de la ópera con la compañía traída á México por D. Joaquín Patiño, á expensas y bajo la dirección de nuestro Ministro en Inglaterra, Bélgica y Alemania, D. Manuel Eduardo Gorostiza.

A este eminente personaje lo ha dado á conocer suficientemente la historia: liberal decidido en España y actor de los acontecimientos de 1812 y 20 en España, como hábil diplomático; la literatura, como rival de Moratín, y la gratitud nacional como héroe de Churubusco; pero de lo que no sepa yo que se haya mencionado detalladamente, es de la pasión frenética, tenaz, incontenible que tenía Gorostiza por el teatro, no sólo en la parte literaria sino en la vida de bastidores, con sus chismes é intrigas, sus cliques y sus tempestades de celos, sus contrastes, sus artificios y peripecias mil.

En medio de las más complicadas atenciones del hombre de Estado, saltando sobre los guarismos de la finanza ó sobre los peligros de la guerra, D. Manuel á cierta hora se embozaba en su capa, se hacía tres dobleces en su coche y al teatro.

Era Don Manuel medio corcovado de resultas de un bayonetazo que recibió en el pecho en la guerra de España; su frente hermosa llena de arrugas bajo su rizada melena abultada y cana, ojos penetrantes y de apacible mirar, dentadura desmesurada, al extremo de doblar su labio superior y hacer imperfecta la pronunciación de su palabra.

Pues bien, esta persona que tenía bien poco de agradable y de simpática á primera vista, luego que hablaba se operaba en él una transformación sorprendente: si en el consejo era sabio y en el disertar elocuente; si flexible y sagaz en una negociación diplomática; si enérgico y resuelto en la defensa de la patria y sus fueros, como lo mostró cuando fué Ministro en los Estados Unidos, su conversación familiar era un manantial de chistes, de cuentos, de epigramas picarescos, de anécdotas preciosas, de suerte que los chicos le seguían, los viejos se deleitaban con su conversación y las mujeres ambicionaban su trato con mucha preferencia á los más elevados próceres y á los jóvenes más distinguidos de la alta sociedad.

Las trefas de teatro, lluvias y truenos, las tramoyas y disfraces que ilustraba, las lecciones sobre declamación y acción eran codiciadísimas, era maestro de las Aro y Castañeda, bienhechor de Pautret y familia, compadre de unos, padrino de otros, amigo de *Hoja de lata* el apuntador, y amparo de los hijos de los autores difuntos, con su bolsa y su corazón siempre abiertos para los desgraciados.

Don Manuel trajo á México la Compañía que se llamó de la Albini, y de las conversaciones de los cronistas de bastidores pude sacar en limpio lo siguiente:

Antes de 1821, en el caos de los recuerdos de los viejos, atravesaban como luces fosfóricas, *follas*, sainetes y tonadillas, estas últimas como fin de fiesta, concertándose parejas de canto y de baile.

En cierto momento dado se alzaba el telón, aparecían regadas y barridas las tablas del escenario, decorábase la escena con vista de sala, y en su fondo, en sillas de plebeyo tule, músicos de bandolón y bajo con sus chaquetas de indiana, sus pantalones de cotona y su zapatón vaquetado.

Entre estas tonadillas se conservaron por mucho tiempo «La Tirana,» que tenía por estribillo los versos de

Tiranita  
Del mundo, primor,  
Que eres un potaje nuevo  
De chorizo y macarrón.

O *La Cazadora*. Tirana también con estas coplas:

Me incomoda que usted venga  
A quererme cortejar;  
Relojes de sol no quiero  
Porque apuntan y no dan.

La graciosa actriz Josefa de la Torre cantaba la tonadilla del *mal modo de pensar*, que es fama dejaba con un palmo de nariz á Oidores y Virreyes.

En la tonadilla de los Petrimetros se encuentra la siguiente pintura de los lagartijos de la época:

«Los petrimetros y usías,  
Por lo regular despiertan:  
A las once los que ayunan  
Y á las nueve los que almuerzan.

Se levantan de la cama  
Con la ropa blanca ó negra,  
Unos de cofia ó de gorro,  
Y otros con muchas melenas.

Dan unos cuantos paseos  
Por la sala ó por las piezas,  
Y á un espejo grande ó chico  
A perfilarse comienzan.

Se lavan las manos,  
Se estiran las medias,  
Se rizan y empolvan  
Muy bien la cabeza.

El corbatín ancho,  
Todo se lo aprietan  
Por sacar colores  
Y tapar las brevas.

Se visten del todo,  
Se sacan las vueltas,  
Y muy resoplados  
Luego salen fuera;  
Y van por las calles  
Muy de fachendas.

Paran luego en las tienda  
De Mari-Blanca,  
Donde entran reales mozas  
Con reales caras;  
Y de este modo,  
Clavan allí las niñas  
A muchos tontos.

Terminaremos estas citas con una copla del *Minuet de los Deseos*: (Suenan la música).

Por donde el pájaro vuela,  
Quiere el cangrejo correr,  
Y la carga de un camello  
Pretende el burro también.

Las valentías del león,  
Quiere el gusquillo tener;  
El macho quiere ser hembra  
Y la hembra macho ser.

Y hay algunos que lo logran,  
Porque suele acontecer  
Que á unos sobra y á otros falta  
Yo no sé qué.... no sé qué....

Posteriormente á estas tonadillas fueron el «Típili,» los «Hidalgos de Medellín,» la «Patera» y otras canciones y tonadillas que hicieron la reputación de *la Amada plata, la Chata* Munguía, Rocamora, Maldonado y otros. Así como en el baile esclavizaban voluntades y producían incendios de deseos, el Bicho, la Gamborino, la Isabel Rendón, y por los años que recorren estas memorias, la Torre-blanca, la Chucha Moctezuma, Alejo Infante y Castañeda, después actor muy celebrado.

Aquí se hace para mí irresistible la tentación de enjaretar la historia de la ópera; pero son de tal manera trancos mis datos y de tal modo confusos mis recuerdos, que sólo á saltos, por intermitencias y como quien dice, jugando á la gallina ciega, aventuraré mis

recuerdos por si quedare un grano de acierto entre la mucha paja que han dejado los tiempos en mi majín.

Ya hemos llevado de la mano á la infancia del arte, hemos asistido á esas escenas inocentes casi serenas de familias en que quedaba, como última vela del tenebrario, la Santa Marta.

Aun se llevaban en esa época meriendas á los palcos, aun entraban los caballeros al patio, doblaban sus anchas capas y se sentaban sobre ellas en las butacas, repartiéndose aparte los cojines que eran gajes de los acomodadores; aun se hacía descender del techo, antes de comenzarse la comedia, un inmenso haro de hojalata con lámparas de aceite, macilentas y cárdenas, y aun veían de pie, en el mosquete, alborotadores del bajo pueblo, objeto predilecto de los cómicos que aspiraban al aura popular.

De una manera desapercibida y como si se tratase de una improvisación, se transformó el antiguo Palenque de Gallos de la calle de las Moras en teatro, en que muy en breve tuvieron grande auge pastorelas y coloquios, vuelos y tramoyas, dándole popularidad extrema Castelli, prestidigitador milagroso que hacía una tortilla de huevos en un sombrero y sembraba lechugas que crecían y se convertían en ensalada á la vista de los espectadores.

En ese teatro, en 1827, apareció García, padre de la

Malibrán y de la Usardot; de su garganta brotó el balbutir de la música moderna.

En 1831, anunciando Primavera, gorgéo, cortando los aires, bellas y alegres las primeras bandadas de aves canoras, y vimos, como en embrión, realizarse los sueños de los *dilettanti* al pronunciar con entusiasta encarecimiento los nombres de la Pellegrini, ligera, delgada, airosa y de ojos lindísimos; á Galli, anciano á quien al parecer sostenían en la juventud las alas poderosas de su talento artístico; á Sireti, elegante y simpático, á la Masini y otros que formaban un proyecto de ópera en forma. Con efecto, esos actores pudieron organizar la representación de *Doña Inés de Castro*; *Ricardo*, *Corazón de León* y alguna otra ópera que no recuerdo, del repertorio de Rossini.

¡Oh! pero el año de 36, desde los anuncios tuvieron tal pompa, se revistieron de tantos encantos las biografías de los principales artistas, que la expectativa fué llena de ansiedad y como el presagio de goces celestiales.

Como indicamos, la Compañía aparecía formada por Gorostiza, fungiendo de su segundo ó *alter ego* D. Joaquín Patiño, de grande inteligencia y de privilegiada aptitud para el negocio que manejaba.

Las lujosas casas que se alquilaron para los actores, los riquísimos equipajes que remitieron, las lámparas, muebles, trajes de coristas y la renovación del teatro y el escenario, todo hacía esperar, como un acontecimiento extraordinario, el estreno de la *nueva ópera*.

Figuraban en esa Compañía como actrices y actores principales, Marcela Albini, la Cesari, la Pasi, Moutreor, Tomassi, Murati, Spontini y varios otros de menor renombre.

Era la Albini poco airosa y de fisonomía beatífica y monjil, obesa, carnuda, de ojos pequeños y restirados hacia las sienas, nariz pequeña, dientes blanquísimos y boca grande y expresiva.

El talento de la Albini era clarísimo, su voz admirable, su tacto artístico, su conocimiento de la escena y sus recursos dramáticos sin igual.

Representando, su transformación era completa, sus actitudes esculturales, su gesto elocuentísimo, su interpretación de las grandes pasiones, perfecto.

Murati era la ternura melodiosa; la Cesari la gracia cantante, la Passy la tórtola hecha mujer.

Con estos elementos, con una escena perfectamente servida por hombres bien aleccionados, con útiles para la representación flamantes y adecuados, y, por último, con una orquesta á cuyo frente se hallaba como primer violín Pepe Chávez, que sorprendió por su habilidad y desembarazo al mismo Rossi que vino á dirigirla, el éxito fué completo, las ganancias de los empresarios pingües y la posición de los actores excelente, pues nuestra más culta sociedad les abrió sus puertas y era codiciada la amistad de actrices y actores por las personas de mayor categoría.

La casa del Sr. Gorostiza, calle del Hospicio de San Nicolás, era el punto de reunión de la flor y la nata

del mundo artístico, y allí recibían el talento y las gracias un culto verdaderamente cordial y generoso.

La *Norma* hizo furor; la Albini se posesionó del trágico sublime para encadenar la admiración y hacerse dueña de todos los corazones. Lágrimas, flores, vítores, coronas, todo cayó como lluvia de oro á los pies de la privilegiada actriz.

Mi lira prorrumpió en unos versos que repitieron, por las circunstancias, los lagartijos como fórmula de su entusiasmo por Mariella.

«Tu dulce, tu grato, tu mágico canto  
«Enciende mi encanto, mi tierna emoción:  
«Rival de las gracias, de amor precursora,  
«Ya se oye sonora tu angélica voz . . . .»

Aunque la tal composición á la Albini no valía una higa, ellos me sirvieron de pasaporte para entrar en intimidades teatrales, y entré como apasionado *attaché* del mundo *dilettanti*, tomando parte en las confidencias de las prima donas, caprichos nerviosos de los tenores, bravatas de los bajos, y rejuego, despergenio, amor, vino y vida borrascosa de figurantas y coristas.

Montescós y Capuletos fué por entonces la manzana de la discordia del teatro.

Esos viejos ricachos y lujuriosos de las primeras butacas que se declaran familia de las actrices, con sus grandes anteojos para no perder gesto ni facción; esos *cabaliere servente* de las matronas, husmeadores de las bailarinas, protectores de las ratas de bastidores, armaron la campaña contraponiendo la Cesari, moza guapi-

sima de ojos verdes, nariz roma, esbelta y fornida, á la Albini en el reparto de la ópera.

Encendiéronse las pasiones, se desataron tempestades de chismes, cundió la claqué y se convirtieron las tablas en Campo de Agramante.

Encarnizados partidarios se alistaron en uno y otro bando: lá flor y nata del foro, de la gloriosa carrera y de la Iglesia, y aparecían entre los caudillos diputados y ministros, llevando en alto la bandera soberbia de la Cesari, D. José Gómez de la Cortina, Gobernador del Distrito.

Dentro y fuera del teatro llovían disputas y palizas, serenatas y encerradas, siendo un extra precioso de la ópera esta sucesión de sainetes humorísticos.

D. José Gómez de la Cortina, después Conde de la Cortina y de Castro, noble calavera educado en España y literato distinguido como crítico y erudito, acaudillaba, como hemos dicho, el bando de la Cesari, y embrolló las cosas de tal modo, que tomaron las proporciones de cuestión política, habiendo cada noche en el teatro escándalos de padre y señor mío.

Algunos actores de reconocido mérito refaccionaron en esta época la boga de la ópera, cobrando todo su esplendor con la llegada de la Castelani Giampietro, Boceti, tenor muy distinguido, y Tomasi, bajo profundo que alcanzó señalado favor del público.

La Castelani puso en boga el Teatro de los Gallos, llamado así por haber servido el local de plaza de gallos, formada por cuenta de la Real Hacienda en 1798, des-